

Gaetano Righi. *Historia de la filología clásica* (extracto).

[Valor insustituible de la lectura de los textos originales]

¿Por qué se siente la necesidad de leer directamente un texto? Porque solo así se suscitan en nosotros aquellas genuinas impresiones, en virtud de las cuales y únicamente a base de ellas, se puede hacer una valoración auténtica y personal del autor del documento. ¿Sería posible, por ejemplo, dar un juicio de la fuerza moral de Tito Livio, de sus valores como historiador, de la eficacia de su estilo (tres distintas cualidades que confluyen en él y se reflejan íntegras y conjuntamente en su prosa), si en vez de leerle directamente en el texto latino nos sirviésemos de una traducción? Ciertamente es que así no podríamos comprender aquel juicio que de él dio Alejandro Manzoni en su discurso sobre los longobardos antepuesto a su drama *Adelchi: Aquel paduano que todo lo decía maravillosamente*.

Sin duda alguna, el juicio de Manzoni se fundaba en la experiencia y en la impresión propias, en la lectura directa del texto de Livio, que él estaba preparado (histórica, lingüística, filológica y estéticamente) para comprender del todo. La cultura histórica, la sensibilidad estética y el sentido moral de Manzoni movieronle a formular aquel juicio sobre Tito Livio; además, su conocimiento del derecho romano y de la historia de Roma y el conocimiento directo de toda la obra de Livio que ha llegado hasta nosotros, de sus treinta y cinco libros, contribuían ciertamente a hacérselo pronunciar *ex informata conscientia*. Así, el *todo lo decía maravillosamente* no tiene un significado puramente retórico y estilístico, ni en la intención o en el pensamiento de Manzoni ni por el objeto al que se refiere (la prosa de Livio); sino que la experiencia filológica de Manzoni, su lectura de Livio, es el factor determinante de aquel juicio, pues tal experiencia implica y presupone, abarca y compendia, todos los aspectos de la personalidad de Livio, los cuales vienen a ordenarse y a simplificarse como valores (históricos, lógicos, estéticos y éticos) en sus palabras textuales, expresión infinita de todo el ánimo que le movió a escribir. Esta es la manifestación integral de la filología (*a parte legentis*).

[Peligros del exceso teórico y de la erudición en la enseñanzas de las lenguas clásicas]

Este integral, íntimo y concreto interés filológico no se conquista, evidentemente, con las veinticuatro disciplinas que postula Wolf como siervas auxiliares de la filología, ni tampoco con todo el armamento proporcionado por cualquier voluminosa *Introducción a la filología clásica*, pertrechada de la más completa erudición enciclopédica, cual es la editada en Milán por Marzorati, debida a las fatigas de muchos doctos profesores especializados que, uniendo sus fuerzas en ese volumen, han creído ofrecer todos los elementos culturales necesarios para la instrucción (y para la formación), en un próximo futuro, de una generación de perfectos filólogos. A nuestro parecer, su esperanza y su empeño son ilusorios. Ante el referido volumen, y al leer los elogios que le ha prodigado por ejemplo el profesor Amatucci (en el periódico *Idea*, 2 de nov.1953), se nos ha ocurrido más bien preguntarnos con insistencia: Pero, ¿en qué consiste esta filología, que a muchos, incluso inteligentes, se les hace indigesta y repugnante, que es especialización técnica

y medio seguro de escalar grados académicos para algunos que, menos cultos ciertamente y menos φιλόλογοι (en el sentido platónico e isocráteo, esto es, menos amantes de la conversación instructiva y espiritual) que muchos profesionales (abogados, jueces, médicos, etc.), llegan por crianza a la Universidad, donde atormentan a los mas de ellos y forman a alguno destinado al mismo cometido; o que es, mas bien, instrumento y a la vez materia de educación intelectual y moral y placer intensificador y difusor de vida, según otros? ¿Es una disciplina puramente universitaria o hay también barruntos y despuntes de ella en las demás escuelas? ¿Es estudio fatigoso y meticuloso, es aplicación rutinaria a un oficio, o proporciona el placer que se experimenta gustando del arte y de la ciencia, los cuales nutren *d'emblee* el entendimiento y elevan el ánimo? Y, si es disciplina universitaria, ¿lo es porque solo en la Universidad se puede y debe o se suele enseñar la crítica textual (las hipótesis motivadas por las variantes dantescas o lucrecianas o sáficas), no teniéndose el valor de realizar tan minucioso trabajo en el Liceo; o porque implica una tensión intelectual y una madurez superiores a las que se exigen a los jóvenes en la enseñanza secundaria? Respecto a esta enseñanza, la superior deberá significar, pues, un avance en el empeño mental, una experiencia más refinada y vigorizante, que prepare a los futuros docentes, que en los Institutos habrán de ser maestros de latín y griego, para educar en la contemplación de un mundo de belleza y de pensamiento y de heroica nobleza moral, muy distante del empirismo de cada día y de la utilidad práctica inmediata. ¿No es este (y con perdón) el cometido principal, la noble meta de los estudios clásicos?

¿Es, en suma, esta dichosa filología expresión de un estudio especializado del que el hombre culto corriente se siente ajeno, sin envidiar a los que a él se dedican y sin echarlo de menos, o es, mas bien, una actitud ampliamente humanística, es decir, de carácter general y desinteresado, como toda forma de cultura literaria y artística y que, como tal, todo hombre completo y que no sea indiferente a ningún elevado saber humano, la juzga cosa propia de sí y provechosa, suscitando esto su interés por ella como lo suscita todo lo que es digno del hombre, por lo cual el hombre lo desea hacer suyo y quiere apropiárselo? ¿Es la filología placer estimulante o fatiga mortificadora? Y si tiene ambos sentidos, ¿cómo se emplea entonces con tanta ligereza el vocablo *filología*, sin ningún discernimiento, sin advertir el peligro equívoco que anida en toda palabra anfibológica?

Y el equívoco perdura a lo largo del discurso de Amatucci, quien se engaña evidentemente pensando que estarán bien preparados para su tarea, esto es, como él dice con solemnidad, que serán aptos para proveer de cultura a las jóvenes generaciones, para hacerlas comprender las civilizaciones modernas y prepararlas para los nuevos ideales, aquellos profesores de Latín y griego que cuenten con toda la erudición contenida en tales manuales de *Introducción a la filología clásica* (y de otros conocimientos que les serian menester para su *perfección* ideal). ¡Vana esperanza, errónea opinión! La erudición, por grande y peregrina que sea, no introduce de suyo en la comprensión, en el gustar de los poetas y demás escritores clásicos, ni de ningún otro escritor o poeta moderno. La mucha erudición no aumenta, de suyo, el vigor del espíritu, no suministra ni la elocuencia, ni el gusto, ni el amor que incitan a explicar los autores (y no otras cosas son las que se requieren precisamente para enseñar en los Institutos o en las mismas cátedras universitarias las literaturas griega y latina); la erudición no establece de por sí el vínculo entre el pasado y el presente; no justifica ni promueve mi interés por la remota Antigüedad,

por los hombres que vivieron y escribieron entonces y representan aun a aquellos tiempos en los libros que se han conservado y que son sus exponentes. A estos, a los escritores y poetas, hay que explicarlos; o sea, hay que interpretarlos, hacerles hablar elevándonos nosotros a sus pensamientos y sentimientos, los cuales al mismo tiempo nos harán entendernos a nosotros en ellos y harán que les entendamos a ellos en nosotros. Naturalmente, para conseguir esto es preciso haber superado todo estorbo preliminar de gramática y sintaxis e inerte erudición y fijarse ya lo más posible en su puro lenguaje, en su rostro vivo. Pero lo que suele suceder, por el contrario, es que durante todos los años que se estudia latín y griego en la enseñanza secundaria no se supera el referido estorbo.

Y así, la filología, tal como de ordinario se la entiende, aleja de aquella meta de la comprensión y del gustar de los autores, convirtiéndose en un elemento corrosivo y debilitante, fomentador de la tendencia y la aptitud a observar lo pequeño en lo grande más bien que lo grande en lo pequeño. Porque su labor de reflexión y análisis no se aplica, como debiera, a descubrir los valores creadores, poéticos, sino que, mediante un proceso de congelación que tiene su origen en una ingénita incapacidad para la contemplación fervorosa, se aferra al gusto de la palabra por la palabra, de la regla retórica o de la noticia erudita como fin en sí mismas.

De aquí dimana el especialismo, la afición sistemática a un *ars* particular, a una τέχνη, fenómeno que supone, ya solo el de por sí escaso interés integral del espíritu humano por el espíritu humano. Es una forma de impía profanación, de corrupción o traición por parte del filólogo *micrologista*, ya con respecto al autor que trate de comprender, ya con respecto a sus alumnos si es docente y educador: es una mengua del sentido de la *humanitas*, que encuentra la expresión de su verdadero ser en la poesía y en el lenguaje en general. Fuera del campo de la *humanitas*, de la intelección del lenguaje y del gusto por su viveza y matices precisos, la mentalidad del profesor y del estudiante tienden a encogerse, a aislarse, se van atrofiando y encerrando en sí mismas. Deja de existir entonces para el lector un mundo total del autor, ese microcosmos perceptible hasta en el más simple pasaje poético: un mundo moral que entender y al que trasladarse; no surge el problema o la necesidad de comprenderlo para intensificar la experiencia de uno mismo y enriquecer el propio caudal de emociones.

Se tiende, en cambio, a poner como ideal supremo el de «una ciencia de la Antigüedad», con la rígida y cerrada objetividad de sus medios auxiliares (sin que se llegue a comprender nunca donde está su núcleo esencial!); se mantiene la idea fija de una construcción fantástica, mítica, a la que aportan su contribución miles de laboriosos y pacienzudos operarios, sin que se sepa jamás cuando la gran fábrica, en su fatídico escalar el cielo de la *Wissenschaft*, quedara al fin terminada, ni quien la coronará o será en ella coronado y mitrado. Tratase de una máquina o construcción cuya única imagen adecuada sería la de una inmensa, monstruosamente grande biblioteca que contuviese absolutamente todos los libros que se han escrito acerca de la Antigüedad, o del Medievo, o del siglo XVIII, y de los que el bibliotecario no sería capaz de decirnos más que las firmas, los títulos y el color de las cubiertas, el año y el lugar de las ediciones. Esta ciencia de la Antigüedad nadie podrá poseerla toda. Y, por otro lado, no se sabe para qué serviría. Si se descarta la idea de que a los antiguos o, en general, a los ingenios del pasado se les estudia para entender mejor a los modernos, es decir, para comprendernos mejor a nosotros mismos, si se

pierde la noción de que el estudio de los clásicos es como una *toma de objetividad* para nuestro espíritu, un apoyo que necesitamos para comprender históricamente nuestro ser y nuestro devenir, ¿cómo se va a educar a las nuevas generaciones *para los nuevos ideales* mediante el Latín y el griego, si estos son incapaces de suscitar emoción e interés? ¿Qué introducción a la filología conseguirá eliminar el aborrecimiento que circula por las venas de quienes han de sufrir tan cargante ejercicio? Toda introducción debe introducir a algo cuyo contenido sea superior al de esa misma introducción. Y ese *algo* ¿quién nos lo explicará y nos lo hará gustar? Conocer absolutamente todo cuanto a la Antigüedad atañe es imposible y absurdo, aparte de que sería una monstruosidad inútil. *La Antigüedad se nos desploma como un cadáver*, diría Trezza.

[Inutilidad del análisis sintáctico y gramatical en la enseñanza de las lenguas clásicas]

Discípulo de Aristarco fue Dionisio Tracio. Elaboró éste la primera gramática o *arte gramatical*, entendida como «saber práctico de las formas más comunes de expresarse los escritores». Contenía la teoría de la acentuación, y enumeraba las letras y las sílabas, el nombre, el verbo, el pronombre, el artículo, la declinación y la conjugación. Distinguía así las partes principales de la actividad filológica: lectura, comentario, crítica del texto, historia de la lengua, etimología, analogía y juicio. Antes de él, la gramática se hallaba implícita en el ejercicio y en la mente de los filólogos. Lo mismo que, en la práctica, la habían observado casi inconscientemente los escritores y todos cuantos hablaban. Aristarco, su maestro, había hecho ya varias distinciones entre gramática, prosodia, métrica, etc. Dionisio clasificó todas estas distinciones y dio origen a aquella teoría o técnica que se llama *gramática* (*γραμματική τέχνη*), y de la cual la humanidad parece no poder prescindir en el aprendizaje de las diversas lenguas.

En efecto, parece hoy día inconcebible una lengua que no tenga la correspondiente gramática por la que enseñársela a los muchachos. Sin embargo, si reflexionamos debidamente y pensamos en el derroche de tiempo y de fósforo en que se incurre de esta manera, con menoscabo para la lectura de los autores, medios insustituibles de formación y de los que surge, pues la tienen implícita, toda la doctrina gramatical, podemos preguntarnos si Dionisio Tracio, con su praxis o invención práctica, aportó un auténtico beneficio a la humanidad en cuanto al estudio de las lenguas y de las literaturas, ya que dio el impulso inicial a tan hipertrófico desarrollo de esa actividad mental' sobre el vacío. Se nos ocurre pensar si es necesario para el entendimiento semejante saber sistemático y teórico de los abstractos elementos de la clasificación lingüística, es decir, de las reglas gramaticales y de sus inseparables excepciones; obra ésta, no ya propia de una mentalidad filosófica, sino meramente cerebral y mecánica. Cabe preguntarse, en suma, si tal clasificación revela en su autor alguna superioridad de inteligencia equiparable, o poco menos, a las de Tales o Aristóteles (los dos extremos del desarrollo filosófico helénico). A nuestro entender, el afortunado impulso dado por Dionisio a la gramática responde a un hábito forzosamente restringido,- poco vivo y estimulante de la inteligencia humana, fomentado por la connatural pereza del hombre para aprender nociones abstractas: el de atenerse a una cómoda clasificación, forma positivista del conocimiento que no estimula, pues tiene en sí misma su término, pero que resulta fácil. ¡Inclinación e

ilusión inevitable de la mente perezosa, que quiere abarcar mucho en breve tiempo y con poca fatiga! De parecida manera se ofrecen las noticias en la denominada historia de la literatura, para ahorrar la fatiga tesonera y sustancial, deleitosa y tonificante, que supone el leer los textos mismos de los escritores, textos que son los únicos instrumentos insustituibles y verdaderamente fortalecedores. Quien aprende, en efecto, la propia lengua nativa, conversando y leyendo a los buenos autores, ninguna necesidad tiene de estudiar por separado la gramática, ni de leer el vocabulario, porque las reglas y las palabras las va aprendiendo de los labios maternos, del uso y de la conversación en sociedad, elevándose así poco a poco hasta el lenguaje más alto y poderoso de los grandes escritores, al cual se igualará mental y espiritualmente, sin las muletas de teorías gramaticales, sintácticas ni estilísticas, a fuerza de leer y de tratar con quienes la vida le vaya poniendo delante o por elección suya o en virtud de razonables programas escolares y de la sabiduría del que le enseñe, y en proporción siempre a la capacidad de su inteligencia.

De Dionisio Tracio trae, pues, su origen la primera gramática de Occidente, que servirá de modelo a todas las gramáticas futuras. Más tarde llegarán a adoptarla hasta los armenios y los sirios para sus respectivas lenguas. En Roma fue aplicada a la lengua latina en tiempos de Tiberio. Puede decirse que todavía perduran los rasgos estructurales de aquella gramática, aunque modificados por la posterior ciencia lingüística o glotológica, especialmente en el siglo XIX, gracias a los profundos estudios realizados por Bopp, Pott y Grimm, quienes descubrieron la unidad de las lenguas indoeuropeas en el sánscrito de los «nobles padres arios». La gramática de Dionisio ha llegado hasta nosotros a través de una edición bizantina.

Gaetano Righi, *Historia de la filología clásica*, editorial Labor 1967.